

EL PASTELERO DE MADRIGAL

Hasta hace poco tiempo existió en Palencia una pastelería tradicional en la calle Mayor, llamada “*El Pastelero de Madrigal*”. Posiblemente este nombre comercial no se debe al acontecimiento histórico, sino, más bien corresponde al entusiasmo popular que despertó la obra de teatro “*Traidor, inconfeso y mártir*” que José Zorrilla estrenó en marzo de 1849, hace ahora ciento cincuenta y cinco años, y que trata literariamente este tema. Pero mi interés se centra en aclarar la realidad histórica de este personaje, propio de la exaltación romántica de Zorrilla y otros escritores.

La circunstancia histórica se centra en Portugal, cuando el joven rey don Sebastián, con veinticuatro años, desapareció en 1578 en la batalla de Cazálquivir, en Marruecos, y dejó el trono vacío. Se presentaron diversos candidatos, comenzando por don Antonio, prior de Crato, hijo ilegítimo del infante don Luis, ya muerto; Felipe II, rey de España; el duque de Saboya, el príncipe de Parma y María de Médicis, regente de Francia. Felipe II tomó el poder por la fuerza de los tercios comandados por el duque de Alba, y fue coronado rey de Portugal en 1580. Mientras, el prior de Crato, como perdedor, huyó a Francia y murió en 1599.

En este medio tiempo se creó el mito popular sebastianista, como consecuencia del deseo de independencia portuguesa, que se inicia con el zapatero Bandarra, el primero que se hizo pasar por don Sebastián, por la creencia del regreso milagroso del joven rey. Pero este impostor fue condenado por la inquisición lusa.

El segundo falso don Sebastián fue Mateus Alvares, un extraño personaje de las Azores, que se proclamó rey de Ericeira con gran apoyo popular y que trajo de cabeza a Felipe II, hasta que fue ahorcado en 1585.

El tercer falso don Sebastián, ni siquiera fue portugués, sino un antiguo soldado español, que sirvió en Portugal durante la conquista llevada a cabo por el duque de Alba. El pastelero Gabriel de Espinosa hace su entrada en la historia del mito sebastianista en el año 1594. El plan lo urdió Fray Miguel de los Santos, un fraile agustino predicador de don Sebastián y confesor del prior de Crato, que fue hecho prisionero por los españoles y enviado al convento de monjas de Santa María la Real, en Madrigal (Ávila). Allí vivía doña Ana, la hija de don Juan de Austria, una tristísima soledad, con veintisiete años, y sin esperanza alguna de abandonar el convento. Fray Miguel pasa a ser su confesor y la convence de que en Madrigal vivía escondido el rey de Portugal, don Sebastián, huido de Marruecos. Aquí entra en escena el personaje verídico más fabuloso, Miguel de Espinosa, convertido en pastelero de Madrigal a la vuelta de la guerra contra Portugal. El fraile lo aleccionó para convencer a doña Ana de que era el verdadero monarca portugués, prófugo. A la vez que le prometió al pastelero que se casaría con ella y levantarían al pueblo de Portugal contra Felipe II. La ideal del fraile era, una vez restaurado el poder, entregárselo al prior de Crato, que lo consideraba el legítimo sucesor.

En un viaje en busca de un supuesto hermano de doña Ana, el pastelero exhibió ricas joyas que ella le había dado, jactándose de que una dama de alta alcurnia lo amaba. La vanidad lo perdió, porque a dos legua de Madrid fue detenido por orden del alcaide de Valladolid, don Rodrigo de Santillán. Preso, como sospechoso de robo, Espinosa se reveló como centro de una increíble maquinación política. Le fueron encontradas cartas en las que se le daba tratamiento de alteza y misivas de la propia doña Ana de Austria.

Se llevó a cabo un proceso, que hoy se encuentra en el Archivo de Simancas, por el que se condenó a la horca a Gabriel de Espinosa en la plaza de Madrigal. Momentos antes de subir al cadalso, dijo: “*Merezco mi suerte; pero, si supiesen quien soy...*” Posiblemente esta frase incitó a Zorrilla a escribir el drama, aunque decidió cambiar el final, mucho más romántico: el modesto pastelero es, efectivamente, el rey de Portugal, dado por muerto en la batalla de Cazalquivir.

A doña Ana de Austria se la trasladó al convento de Nuestra Señora de la Gracia, en Ávila, recluyéndola en una celda, sin salir durante cuatro años; además de retirarles todas las distinciones de su rango. Allí murió en 1630, confinada de por vida. ¡Pobre hija del gran héroe de la batalla de Lepanto, encerrada en un convento desde los seis años y maltratada por su tío, el rey Felipe II! Al fraile le fue cortada la cabeza en el mismo año de 1594, en la plaza Mayor de Madrid, después de ser degradado de todos los atributos religiosos. Una vez decapitado, su cabeza fue llevada a Madrigal y exhibida en la plaza mayor durante largo tiempo.

El fuerte deseo nacionalista de los portugueses, que es el fondo que subyace es todas estas aventuras, que por cierto fueron seis los mitos quiméricos llevados a cabo, no se vio recompensado. Pero la primera ocasión que se les brindó a los portugueses de separarse de España en las revueltas de 1640, la aprovecharon y, definitivamente, nació el Estado independiente de Portugal hasta la actualidad, con la instauración de la Casa de los Bragança.